

DOMINGO DE LA TENTACIÓN.

¿Recordais haber visto en nuestra Academia de Bellas Artes un cuadro que representa la tentación de Jesús? El demonio muestra al hijo de Dios varias bandejas llenas de frutas y de flores y sostenidas por las manos de unos ángeles, que no sé si son hombres ó mujeres, porque los ángeles no tienen sexo. Y parece decirle:—Si me obedeces, si te entregas á mí, te comerás todas esas uvas, todos esos melocotones, todas esas peras!—¿Recordáis haber visto el cuadro aquél? Pues bien, así no fué la tentación de Jesucristo.

Hay otro lienzo—¡vaya si es otro!— que tiene el mismo asunto. Es de Ary Scheffer, y recuerdo haberlo contemplado en un artículo maravilloso de Renan . . . suprimid el adjetivo «maravilloso» por inútil y la frase no perderá nada de su fuerza: en un artículo de Renan. El demonio allí es hermoso—¡Por qué hemos de hacerlo feo, cuando Dios lo hizo bello? ¿por qué hemos de ponerle cuernos, si no somos sus mujeres? ¿por qué hemos de imaginarlo repugnante, si á todos, por desgracia, nos simpatiza tanto?—y en actitud gallarda, altivo ofrece á Jesús el señorío y dominio de la tierra. Dan ganas de decirle:—te estás equivocando; ese humilde esenio puede más que tú; ese es Dios.—Y dan ganas también de decir á Jesús:—aquí ya no eres Jehová, que eres Jesús; desengaña á ese truhan buen mozo y perdónalo, porque hace ya muchos años que sois enemigos!

La tentación, en ese cuadro, es seductora: ¡así han de ser las verdaderas tentaciones! La de la serpiente en el Paraíso fué muy tonta. ¿Qué ofrecía la serpiente? Lo que ofrece cualquiera india en cualquiera esquina: ¡una manzana! Por honra de Adán y por honor de Eva, puesto que somos, al fin, de su familia, quiero creer que esto de la manzana solo es símbolo y que la serpiente, en realidad, es ofreció otra cosa. Es más, quiero creer que no hubo tal serpien-

te, porque las serpientes no pueden haber sido hechas por Dios ni haber estado en el Paraíso; y las mujeres desde la primera hasta la última, fueron, son y serán, incapaces de entrar en conferencia con animales semejantes.

De por sí, la tentación es hermosa. Leed la «Tentación de San Antonio» escrita por Flaubert. ¿Cómo pudo resistir aquel Santo? Ya era cosa de decirle á Dios: —Siempre mejor no voy al cielo! — Pero, como era santo, no lo dijo, é hizo bien.

La tentación es bella, señoritas, y no solo despliega sus encantos para seducir á las que pueden perder á toda la humanidad, como Eva; no solo habla en la cima de una montaña; á cada paso, en cualquier mostrador, ya ofreciendo un sombrero, ya un vestido, ya una joya, habla al oído. En el poema de Goëthe, la tentación es un cofrecito con alhajas. Fausto, para vencer á Margarita, no necesitó la intervención del diablo que le acompañaba: bastábale el dinero que el mismo diablo le había dado. Esto, á mi juicio, constituye uno de los defectos de la heroína. Margarita no se enamora de Fausto por su bravura, como Desdémona de Otelo; ni por irresistible simpatía como Julieta de Romeo; ni por su genio, ni por su ciencia, ni por su belleza, sino por sus joyas. Fausto se vende al diablo y compra á Margarita. Y por eso ni Fausto ni Margarita son simpáticos. ¡No son simpáticos y por eso, tal vez, son tan humanos!

La tentación, desde los tiempos más antiguos, ha enamorado á la mujer con las ojeadas de la moneda de oro y con los rayos de las piedras preciosas. Júpiter, para poseer á Dánae, se convirtió en lluvia de oro. Los enemigos del alma son tres: no sé cuántos son los enemigos de la mujer, pero uno de ellos, señoras y señoritas, es el diamante.

Yo no tengo motivo alguno de disgusto con esta piedra, acaso porque no la conozco íntimamente, sino de vista nada más; pero cuando pienso en los males que ha causado, no puedo menos que condenarla. Ya Shakespeare había dicho: «El oro y los dones brillantes tienen una elocuencia muda que mueve el corazón de la mujer, muy más que los discursos más hermosos».

Para poseer honradamente ese pedazo de carbón ennoblecido por la luz, la mujer aspira á atrapar un marido rico. Los perjuicios que ocasiona el caer en esta tentación, serán, señoras y señoritas, el tema de mi discurso.

Desde luego debemos entendernos respecto á la palabra marido. Un marido viejo no es un marido. Hablo, pues, de los jóvenes, y entre éstos aseguro que hay, en México, muy pocos ricos. Se puede conseguir un novio hijo de padres ricos, pero un novio que sea rico es muy difícil de obtener. Es necesario importarlo. Los pocos que hay tienen mucha demanda en el extranjero, y sus familias los exportan para casarlos en Europa con la depreciación necesaria. Los padres acaudalados les mantienen á sus hijos varios caballos, un cochero, diversos vicios, la ignorancia y alguna enfermedad. Estos hijos tienen muchas necesidades artificiales, lo que equivale á tener mucha familia, á ser pobres. Aquí el dinero se va acabando como se acaba el arbolado de los montes, porque cortan árboles para dormitorios ó para leña, y nada siembran. La progresión descendente es esta: Bisabuelo, millonario; abuelo, rico; padre, acomodado; hijo, pobre; nieto, limosnero. No creáis, por consiguiente, que haya ricos. Esa es una voz que hacemos circular para que nos presten dinero en Berlín. Aquí hay algunos que fueron ricos, otros que van á ser ricos, pocos que parecen ricos; pero ricos no hay. Se trata de construir un ferrocarril, y lo construyen los ingleses ó los americanos; se trata de establecer una industria, y la establecen los españoles; se vende algo, y lo venden los franceses; pide el gobierno dinero prestado, y se lo prestan los alemanes. En México hay casas, hay haciendas, hay libranzas; pero no hay dinero. El dinero de México está en las minas. De allá lo sacaremos, en bajando, pero no tenemos todavía para comprar la escalera.

Llamaremos, pues, rico á un joven que tenga caballo, por la misma razón con que podríamos llamarle caballero. Este joven no sabe trabajar, porque nos ha quedado inveterada la hidalguía española y los hidalgos no trabajaban. Todo oficio, menos el de usurero, está aquí muy mal visto. En la misma clase media se siente invencible repugnancia á toda ocupación manual. Los pobres hacen versos; los ricos se hacen pantalones; pero hacer zapatos, hacer velas, hacer cerillos, es cosa de plebeyos y pecheros. De la nobleza, que nunca tuvimos, nos ha quedado la ociosidad. Investigad el origen de los mayores capitales mexicanos: es el agio ó el contrabando, con excepción de los que derivan de las minas ó del juego. No hay, pues, muchos ricos que puedan vanagloriarse de sus ascendientes. Pero, á pesar de eso, se consideran nobles, y como tales nobles, no trabajan. El pobre piensa hacer á su hijo abogado, ó médico, ó ingeniero; pero nunca sastre, ni panadero, ni boticario. Si

el muchacho no sirve para el estudio y en el examen lo reprueban, se hace literato.

El rico no piensa hacer nada de sus hijos. Antes hacían á uno mayorazgo, á otro militar y á otro sacerdote. Ahora á todos los dedican al vicio. No quieren que sigan una carrera, porque en las escuelas del Estado se corrompen. Entre la escuela y la cantina optan por la cantina. Prefieren que pierdan el honor en un garito, á que pierdan la creencia de que San Pascual Bailón anuncia con tres toques la hora de la muerte.

El joven rico, en consecuencia, es un hombre que se va á comer los huesos que dejó en el plato el padre, al levantarse de la mesa. Como no sabe hacer nada, su caudal se extingue. Por el instinto de la propia conservación, busca para esposa á una heredera. Y gracias á estos injertos, tenemos todavía familias acomodadas en México! Suele acaecer, no obstante, que uno de estos señores que tienen caballo y cuenta ilíquida en la sastrería, se case con una pobre. Este es el bizarro paladín, el joven príncipe, en que sueñan ustedes ¡oh hermosas dormidas! La mujer entonces entra á la misma categoría que ocupa el caballo: los padres de su esposo la mantienen. Ella es siempre la desdeñada. Tiene que tratar poco á su familia, porque ésta hace mala figura en la casa de su marido. Tiene que ser mala, porque forzosamente deseará que mueran sus suegros, para ser ella algo por sí misma. El marido juega, y sus padres que no supieron educarlo, le echan á ella en cara que no haya podido corregirlo. Siempre es la advenediza, la postiza en la casa, la agraciada, la favorecida. Suele tener brillantes en el cuello; pero tiene también muchas lágrimas en los ojos. No tiene; le dan. No vive; le prestan la vida y se la cobran diariamente.

¡Señoras que me oís, decid si esto no es cierto á todas las señoritas que me escuchan!

Se me preguntará si quiero que todos los matrimonios sean los de *june chaumière et ton cœur!* en francés, y los de «contigo pan y cebolla» en España. ¡No, tampoco! Los matrimonios los debe hacer el amor: á unos les hace bien y á otros les hace mal; pero él debe hacerlos. Os aconsejo, sin embargo, que no os caséis con un pobre de solemnidad. El amor come, el amor se viste. Los hambrientos y los desnudos se mueren. La miseria es una puerta muy grande, por ella entran el tedio, el deshonor, el crimen. Exigid á vuestros maridos mucho amor; pero también un poco de dinero. No crean ustedes: este es un personaje indispensable; es el apuntador, y si él no habla, se le puede olvidar á la esposa su papel.

Pero no busquéis, señoritas mías, una canastilla de boda, sino un esposo que sepa amaros y que pueda manteneros. No os unáis á un hombre que se crea superior en rango y casta á vosotras, ó cuya familia, al menos, piense así. Si sois ricas, tampoco os caséis con un

pobre, á menos que lo améis inmensamente y él os ame lo mismo y estéis ciertas de que lo preferiréis á todo. Un pobre puede dejaros con lo que llamaba la madre de los Gracos sus mejores joyas, con los hijos, y llevarse las peores joyas: los brillantes.

Lo que os encarezco es que no busquéis el diamante: esperadlo. Cuando cae naturalmente, como el rocío en el pétalo, es hermoso y es bueno.

Hablo ante un auditorio distinguido, de cuya religiosidad y buena conciencia tengo muestras evidentes, y por eso creo inútil el decir que no busquéis el diamante por otros caminos. Pero siempre, señoritas. . . no lo busquéis.

SEMANA DEL HIJO PRÓDIGO.

No fué, en verdad, lastimosa la vida del hijo pródigo, cuyas aventuras nos refiere el Evangelio, porque si bien es cierto que hubo de sufrir serios apuros y de pasar por lances apretados, también lo es que antes de estos merecidos infortunios se regaló á cuerpo de rey, y que después de ellos consiguió el perdón de su padre, y anejó á éste la paterna hacienda. Guardad, pues, vuestras lágrimas para derramarlas por más justa causa, tanto por lo que llevo dicho, cuanto porque el hijo pródigo no existió y solo figura en el nuevo testamento como personaje de parábola, esto es, de ficción romanesca que entrañe alguna advertencia moral ó alguna enseñanza religiosa. El hijo pródigo es la humanidad que en los tiempos prósperos se descarría y olvida de Dios, y en los adversos torna al redil, impetra la clemencia del Señor y la consigue. Bueno será, á pesar de todo, que no fiéis mucho de esa piedad suprema, dándoos, mientras la sangre os hierva, á vida alegre, con el propósito de arrepentiros en la vejez, porque pudiera acaecer que declararan en suspenso la parábola, privándoos de las garantías libérrimas que otorga al ciudadano, y vuestra conducta en todo caso sería siempre dañosa para la sociedad honesta, que prefiere no cometer delitos á llorarlos después de cometerlos. No porque San Dímás fué ladrón queráis serlo vosotras; ni porque la Magdalena amó mucho, améis demasiado, señoras mías; ni porque el hijo pródigo anduvo á salto de mata, haciendo fechorías, imitéis su vida truhanesca, esperanzadas en la misericordia de Dios. Estos fueron casos raros que no ocurren todos los días, y la regla general, la que casi siempre está vigente, es la de que «quien mal anda, mal acaba.»

Cumpliendo mi propósito de aplicar el Evangelio á las necesidades de la vida moderna y de la industria, voy ahora á hablaros de la prodigalidad y de los hijos pródigos.

* * *

La prodigalidad es para nosotros como las enfermedades son para los médicos: malas cuando las tienen ellos, buenas cuando las tienen otros. Ser pródigo es un defecto y una recomendación. El manirroto que despilfarra su dinero se queda sin él, pero el agraciado que lo recibe aumenta su caudal. De modo que nos conviene que los demás sean pródigos, siendo nosotros económicos. La prodigalidad, por otra parte, ha merecido honores de la canonización. ¿Qué es la caridad, sino una prodigalidad santa? ¿Qué fueron San Vicente de Paul, San Juan de Dios y tantos otros, sino grandes pródigos en beneficio de la humanidad? La prodigalidad en consecuencia, no es un delito en sí: lo pecaminoso es el emplearla malamente. La prueba es que, en el Evangelio el hijo pródigo aparece perdonado y el avaro en los infiernos, porque la avaricia es pecado estéril que no redundará en provecho de nadie, é indicio inequívoco de ceguedad de corazón. Jesús dijo á un joven rico: «dá todo lo que tienes y sígueme,» ordenándole así bienhechora y santa prodigalidad. No me cansaré, pues, de repetiros que en ese sentido seáis pródigos, porque buena falta nos estáis haciendo. Hubo, antaño, generosos ricos, homes que fundaban hospicios, hospitales; construían fábricas suntuosas destinadas á escuelas y colegios; daban trabajo ó pan á los menesterosos; y ogaño, los ricos homes envían á sus hijos á las escuelas del Estado ó no los mandan á ninguna; protegen á la mujer desvalida, comprándole por una bicoca sus pulmones y su sangre, gastados en la costura, para enriquecerse con el producto de ella; protegen el comercio y la industria prestando dinero con excesiva usura, y en cuanto á proteger las bellas artes se limitan á tomar una subscripción de la «Moda Elegante,» para la señora de la casa, á pagar malamente á un mal pintor algún pésimo retrato al óleo, y á abonarse al teatro, en el primer abono nada más, cuando viene alguna compañía de ópera. Esto no impide que, de cuando en cuando, se haga lenguas la prensa para loar y enaltecer el nombre de tal ó cual millonario magnánimo que tuvo la abnegación de gastarse cien duros por una sola vez, en comprar unas cuantas sábanas para regalarlas al Hospicio. Y cuenta que no hablo de ciertas otras caridades interesadas, caridades de contrato, de «te doy para que des,» que también tienen resonancia en los periódicos. Lo peregrino es que, tras de ser avaros, gozan esos señores, entre los estultos, cuando menos, que son muchos, fama de generosos y caritativos. La única explicación que encuentro á esos ditirambos de la prensa, es que, siendo ocurrencia extraordinaria la de que un rico

dé algo de su peculio al indigente, hay que echar las campanas á vuelo cuando el prodigio se realiza. Porque está probado que en México los pobres, los que nada tienen, son los que dan más. Se trata de una de esas fiestas que llaman de caridad, no sé por qué, y las señoras ricas son las que piden y los hombres pobres somos los que damos. Debía ser al revés, pero no lo es. Por de contado que exceptúo de mi censura á algunas personas ricas, de esas que no tienen «Diario Oficial,» ni gacetillero de cámara, ni pregonero de virtudes, que hacen el bien por el bien mismo. Pero esto no quita que aquí los pobres sean los más caritativos, y que, como los recursos de estos son exiguos y como los ricos viven apegados á su tesoro, se vea el gobierno obligado á ser muy pródigo, para que los pobres no ladren de hambre ni los enfermos mueran en el quicio de cualquiera puerta, y para que los niños se instruyan, y para que haya ejército de empleados que mantenga el comercio, la industria y las bellas artes.

¡Sed pródigos, pues, ¡oh millonarios! para que los pobres podamos ser lo mismo!

Y aquí entraré en consideraciones de otro linaje. Así como el rico en México es sobrado avaro, el pobre es extremadamente pródigo. Parece que todos llevamos en la bolsa muchos billetes de banco expedidos por la Providencia, y que creemos cobrar al día siguiente. *Mañana*. . . ese es nuestro cajero. ¿Y quién es *mañana*? Cuando va uno á buscarlo siempre es *hoy*, *mañana* nunca tiene dinero, *mañana* es un tramposo que se esconde de sus acreedores. . . oh, *mañana* no existe! Se enfada uno con él cuando acudimos, sin hallarle, á una cita que él no nos dió. Pero esta es injusticia soberana: *mañana* cumple los compromisos que contrae, *mañana* paga sus deudas; *mañana* existe para el trabajo, para el ahorro, para la previsión, para el prudente, para el laborioso, para el entendido. Pero *mañana* no es un cajero universal como queremos que lo sea, y no cubre sino los libramientos de aquellas personas que le dieron sus fondos en depósito.

El artesano, por ejemplo, cobra el sábado en la noche su jornal, y el domingo lo gasta íntegro en los toros, diciendo para sus adentros: «¡ya mañana veremos!» ¿Qué ha de ver? Que mañana no paga boletos de sol para corridas de toros, que *mañana* es *hoy* y, más todavía, que es peor que *hoy*. ¿En qué confiaba ese artesano? Pues confiaba en lo que confía una buena parte de los mexicanos pobres, en el milagro. Por esta misma confianza en lo sobrenatural, por este misticismo exaltado de un pueblo que siempre está esperando al cuervo que ha de traerle el alimento en el pico, son perjudiciales las loterías. Notad con cuánto desenfado gasta el hombre que lleva en su cartera un billete de lotería. Si al desvestirse hecha de ver que se quedó sin un centavo, no se apura, y dejando sobre el buró su

billete de lotería, dice con mucho aplomo:—mañana temprano mandaré cambiar este billete de seiscientos pesos.— De modo que no solamente malgastó, al comprar ese entero de á dos reales, un vigésimo de botines para él, sino que al adquirirlo, tomó también un enervante del trabajo y un excitante de la prodigalidad.

Aquí el empleado gasta en una semana su quincena y la tercera parte de la otra, que empeña, para equilibrar su presupuesto, á un usurero. A medida que nuestros pesos valen menos en Europa, nosotros creemos que valen y duran más. No solo se cree en la inmortalidad del alma, sino en la inmortalidad del peso. Y se giran libranzas y se giran esas libranzas contra un señor que ni siquiera nos conoce, contra ese *mañana* fabuloso que jamás está en su casa. La experiencia nos enseña que cuando llueve lo que cae es agua, para indicarnos que debemos comprar paraguas; pero nunca jamás llueve dinero; está probado que solo los ricos se sacan la lotería; que nadie se tropieza con un diamante; que ya todos los parientes ricos que tenían los mexicanos murieron intestados, antes de que nosotros nacióramos; que el que juega, pierde; que no hay herencias; que no hay mecenas; que nadie perdona á sus deudores, por más que rece todos los días el Padre Nuestro; que no hay milagros, que no hay cuervos, que no hay plata; y sin embargo, todos nos conducimos, como si la Providencia, al nacer nosotros, nos hubiera dicho:—¡Gasta, hijo, que yo pago!—

Meditad en el Evangelio del día, que es el que os he explicado, hermanos míos.

¡Sed más pródigos, ¡oh ricos! para no correr la desastrada suerte del avaro que no encontraba en el infierno quien le diera una gota de agua para mitigar su sed!

¡Sed menos despilfarrados, ¡oh pobres! y no creáis en la parábola del hijo pródigo, porque ya se acabaron los padres como el suyo, y para vosotros no hay más padres que «nuestro padre que está en los cielos» y nuestro otro padre Don Francisco Díaz de León, que está en el Asilo de Mendigos!